

II. El péndulo de la historia

De todos los acontecimientos ocurridos en los últimos treinta años, los que más entusiasmaron fueron los movimientos de independencia —frente al poderío de la URSS— de cinco naciones satélites centroeuropeas: Alemania oriental, Checoslovaquia, Hungría, Bulgaria y Rumania. Muchos sintieron como propios aquellos triunfos después de largo tiempo de luchar con pluma y palabra contra el avance soviético, que ya estaba penetrando en nuestra nación.

Sin embargo, cuando se levanta la vista y se ve todo lo que ha dejado atrás esta última década del siglo, se ubican aquellas sorpresas y aquel "Año de los pueblos" en un panorama más dilatado. Los sucesos previos y posteriores no se dieron en el vacío histórico; en cierta forma fueron parte de un movimiento pendular que debemos entender para aprovechar sus enseñanzas y evitar sus riesgos.

Para los cristianos, la historia tiene un sentido, un propósito, alguna misión a cumplir en el orden del universo; alguna meta que tal vez no hemos comprendido pero hacia la cual marchamos por atajos, veredas, meandros, pantanos, barrancas y collados, con tropiezos y resbalones, en un vaivén constante que, para los hegelianos, era la marcha de la tesis a la antítesis y

luego a la síntesis, para volver de nuevo con la tesis; para Teilhard de Chardin es cuestión de tres movimientos: uno de *emergencia* de ideas o formas de vida que se presentan en el tiempo; otro de *divergencia* cuando hay dispersión, encono, combate y polémica que se transforma en un movimiento de *convergencia* a un nuevo eje o punto de donde vendría otra vez la emergencia; para otros se trata de un simple movimiento pendular.

Así hemos tenido, en forma alternada, tiempos de democracia y tiempos de dictadura; de individualismo y de colectivismo; de siembra y cosecha; de estatismo absorbente y libre empresa; modas de falda larga y de nulifalda; de recato y de libertinaje; tiempos, pues, "de echar cuetes y otros de recoger varas."

En este caso hablo del péndulo porque este siglo se inició bajo un individualismo engrdeído de los gobernantes, con negación de los derechos colectivos. Más tarde, luego de muchos enfrentamientos, los tiempos cambiaron y el mundo se inclinó al colectivismo, desde el más moderado hasta el más absoluto que hayamos conocido.

A partir de 1970, por las grietas, por las contradicciones internas de todos los estatismos, los gobiernos se retiran y vuelven a dominar los individuos; lo mismo en oriente que en occidente se alienta una explosión de diversidades de raza, religión, costumbres, regiones y hasta de preferencia sexual (como la lucha por los derechos de los homosexuales).

En la añeja pugna entre autoridad e individuo, entre el orden superior y la espontaneidad inferior, entre dictadura y democracia, entre tiranía y libertad, parece que en este fin de siglo —después de un florecimiento maligno de las dictaduras, de la opresión o del estado absorbente— la humanidad emprende un movimiento

contrario hacia la libertad individual, el Estado adelgazado, la democracia parlamentaria y la restitución de los derechos individuales. En fin, el retorno al individualismo después de todos los colectivismos, de todos los intervencionismos. El siglo xx, además de ser el más catastrófico de la historia, ha sido inútil en cierta forma, puesto que hemos vuelto al punto de partida, con otros actores y otras herramientas.

El siglo de las luces

En efecto, al comenzar este siglo, quedaban sin saldar muchas cuentas sociales y políticas del siglo anterior, cuando el auge de la Segunda Revolución Industrial había provocado el crecimiento de las ciudades y la pobreza urbana de muchos miles.

En Rusia estaban tratando de resolver, a la vez, el problema del hambre y el de la igualdad ante la autocracia de los zares y sus cortes. Como los obreros no tienen derecho ni a hacer manifestaciones, el día que realizan una marcha de protesta en 1905 —el Domingo Sangriento— la policía dispara sobre ellos y mata a varios cientos, cuando lo único que querían era presentar una respetuosa petición a Nicolás II. Eso dio pábulo a otras huelgas en otras ciudades y las tropas zaristas no se daban abasto.

En la Europa alegre —*Fin de Siècle*— la pobreza puede salir a la calle, pero las huelgas son ilegales. Así que sólo hay paros; cientos, miles de paros de protesta por la miseria salarial:

La existencia de la extrema pobreza era la corriente subterránea de una sociedad que presumía de sus ideas

de progreso, de sus invenciones tecnológicas, de sus ganancias materiales.¹

Los gobiernos de Francia, Inglaterra y Estados Unidos fusilaron a miles de manifestantes y de esas represiones surgió la revancha de los anarquistas que quitaron la vida a 6 jefes de Estado.

En las capitales había marchas de desempleados que ya no protestaban, sólo querían algo de pan en esas tierras de abundancia. En Inglaterra, los desempleados consideraban las "casas de los pobres" como odiosas prisiones donde los explotaban; los mineros estaban dispuestos a todo y hubieran ido al enfrentamiento si la primera guerra mundial no manda a 65 millones de personas a morir por sus patrias.

Después de cuatro años de lucha y 29 millones de bajas (8.5 millones de muertos y 21 millones de heridos), cuando vuelve la paz, los gobiernos tienen que aceptar una nueva beneficencia pública y la seguridad social para los que dieron una mano, un pie, un esposo o un padre en defensa del país.

Durante la guerra, se derrumba el imperio de los zares y Rusia tiene que pedir paz a Alemania en 1917; lo cual es una flama que enciende la revolución bolchevique. Vladimir Lenin, que sabía poco de marxismo, implanta una dictadura del proletariado que pronto fue dictadura sobre el proletariado:

En principio, nunca hemos renunciado al terror, ni renunciaremos... No entraremos en el reino del socialismo con guantes blancos en una puerta reluciente... No estamos haciendo una guerra contra individuos. Estamos

¹Roderick Kedward, *The Anarchists Library of the 20 Century*, Londres, 1971.

exterminando la burguesía como clase. No estamos buscando evidencia o testigos que denuncien actos o palabras contra el poder soviético. La primera pregunta que hacemos es a qué clase pertenece o qué profesión tiene... Estas preguntas definen el destino del acusado. Ésta es la esencia del terror rojo.

Estas frases de Lenin, aplicadas después con la crueldad de Stalin, crearon el régimen más sanguinario contra el proletariado. La dictadura que abarcaba a la sexta parte del mundo.

En Europa surgen intentos de dictadura con brigadas de golpeadores; en 1919 se establece una efímera república comunista en Bulgaria; brigadas de jóvenes radicales, no saben si fascistas o comunistas, recorren las calles de toda Europa. El mundo quiere ser fascista, como escribió Thomas Mann en *La montaña mágica*.

La entreguerra

En 1923 el fascismo se instaló en la Italia de Mussolini. "Todo con el Estado, todo para el Estado, nada fuera del Estado". "Vivir no es calcular, es actuar". "Nosotros controlamos las fuerzas políticas, controlamos las fuerzas morales, controlamos las fuerzas económicas, estamos en el centro de un Estado corporativo fascista". "El fascismo es como una iglesia, abierta a todos los hombres que tienen necesidad de ayuda material o de sosiego espiritual". En Italia el desempleo desaparece porque se imponen los trabajos forzados.

En Alemania, la República de Weimar —tal vez la más culta del siglo— estaba asentada sobre una gran

desigualdad social y sobre millones de desempleados que, como dice Paul Johnson, "están esperando a Hitler",² quien los convierte en batallones de represión civil y logra el poder en 1933.

En Japón establecen y perfeccionan una teocracia con los emperadores. La idea tradicional "técnica occidental, ética oriental" les sirve de base para un despotismo fincado en el dios emperador. Era tan fuerte esa infernal teocracia que, cuando un grupo de bombarderos norteamericanos —durante la segunda guerra mundial— sobrevuela Tokio, uno de los siervos del emperador se aplicó el *hara-kiri* porque la sombra de uno de ellos pasó sobre el palacio.

En Estados Unidos, Franklin D. Roosevelt llega a la presidencia en 1932, con la herencia de la depresión que no reacciona. Rompe una tradición casi sagrada de no intervención y libre empresa de los tres presidentes anteriores; interviene en la economía con un Nuevo Trato (*New Deal*), una mezcla de ayuda gubernamental en obras públicas, una legislación agrícola protectora, una insólita legislación del trabajo, haciendo crecer el Estado norteamericano hasta ser altamente intervencionista, tanto en economía doméstica como exterior.

En México, el gobierno cardenista crea el Plan Sexenal —a semejanza de los quinquenios rusos— con el fin de menguar la crisis contagiada por los norteamericanos. Desde entonces el gobierno avanza hacia el intervencionismo que, por su corrupción, será un lastre a la economía hasta la década de los noventa.

²Paul Johnson, *Modern Times. The World from the Twenties to the Eighties*, Harper and Row Publishers, Nueva York, 1983.

Muerte y resurrección

La segunda guerra mundial estimula las economías y resuelve la depresión. Cuando llega la segunda posguerra, después de 14 millones de muertos y 26 millones de heridos, se han destruido dos dictaduras, pero queda la más poderosa, la ahora aliada, que empieza la guerra fría que ha de durar hasta los ochenta.

Los países del tercer mundo se reúnen en 1945 en Bandung, Indonesia, para jurarse antimperialistas, antianquis, pacifistas y no alineados; lo cual significó, en los siguientes años, el ascenso de dictadores que amasan inmensas fortunas sobre el terror de los pueblos. Los gobiernos controlan todo, desde líneas de aviación hasta el número de hijos.

En ese horizonte, a fines de los sesenta se crean nuevas naciones independientes en el sobaco de África y casi todas ellas se convierten en dictaduras totalitarias, de tribu o de clan; malas copias de la ilustración francesa y el leninismo de Moscú. Los gobiernos tratan de controlar las economías comprando empresas de aviación, teléfonos, hoteles, ferrocarriles, acereras, minas, fábricas de bebidas, destiladoras, astilleros, refinerías, en fin. Se seguía la idea de que "si algo es importante, debe ser propiedad del Estado".

Aunque el Cuarto Reich —la Alemania de la posguerra—, dirigido por Konrad Adenauer, es un triunfo inicial de la libre empresa, después crean un gran entramado social, llegando hasta el derecho a la cogestión administrativa de los sindicatos de las fábricas, cosa que ya no gusta a los liberales.

En las tres décadas que transcurrieron de los años cincuenta a los setenta, la mayoría de las naciones del mundo tenía dictaduras, parciales o totales; fue el cenit de la autoridad y el nadir del individualismo.

En la Europa democrática, tanto la social democracia como la democracia cristiana —en un cruzamiento entre la milenaria tradición cristiana de ayudar al prójimo y las funciones de un Estado moderno— se entrampan en una competencia de promesas electorales, garantizan trabajo, vivienda, salud y a veces, cosa increíble, ofrecen bajar impuestos a muchos grupos marginados. En algunas naciones nórdicas los impuestos son tan fuertemente progresivos que destruyen el incentivo para ascender en el trabajo, ser más o ganar más dinero porque entonces les quedaría menos que el que tenían ganando menos:

El Estado moderno tiene sólo derechos y no reconoce obligaciones... Cuando en ciertos casos un Estado pretende disponer del 83 por ciento de la renta del ciudadano, contra la promesa de garantizarle lo que le queda, bien podemos preguntarnos hasta dónde pararán sus pretensiones.³

Las cuotas para prestaciones sociales son tan altas como los impuestos. La competencia electoral hace que los partidos prometan cada vez más y pronto caen en el déficit presupuestal, el endeudamiento y la inflación que los hace quebrar con la crisis del petróleo árabe de 1972 y 1973. Al igual que los Estados Unidos en la recesión de los noventa, no podían aplicar políticas anticíclicas y surge la crisis de desempleo.

Desde entonces, algunos gobiernos comienzan a adelgazar. Incluso en la Unión Soviética se dieron cuenta de que

³Georges Bernanos, *Libertad. ¿Para qué?*, Librería Hachette, Buenos Aires, 1947.

un país que alguna vez se había acercado rápidamente a las naciones avanzadas comenzó a perder posiciones. Además, la brecha en la eficiencia de producción, de calidad de productos, del desarrollo científico y tecnológico comenzó a ampliarse... y no a favor nuestro.⁴

Por eso fue que en 1985, cuando muere Konstantin Chernenko, los soviéticos eligen a un reformador, siempre rebasado por sus iniciativas —Gorbachov—, quien anuncia un doble plan: el de apertura política, Glasnost, y el de reforma económica, Perestroika. Aquello era el principio del fin.

Venta de garaje

En 1979, cuando Margaret Thatcher llega al cargo de primer ministro, todas las democracias han rebasado el punto de ruptura; ella pone el ejemplo de aceleración en la reforma liberal del Estado.

En el resto de Europa se sigue la misma tendencia, siendo el aspecto más visible el de la privatización de las empresas adquiridas en la utopía del estatismo.

Como comerciantes que venden un inventario superfluo, los gobiernos alrededor del mundo están arrojando un vasto conjunto de propiedades gubernamentales en el mercado abierto, en lo que puede ser la mayor venta en la historia... Para las economías bajo presión, el disponer de empresas públicas se ha convertido en la gran esperanza de los ministros de Finanzas, desde Sao Paulo a Sofía.⁵

⁴Mijail Gorbachov, *Perestroika*, Editorial Diana, México, 1990.

⁵Véase revista *Time*, 8-IV-90.

Lo que salió a la venta durante la década de los ochenta fueron unas quince compañías aéreas (entre ellas Aero-méxico y Mexicana de Aviación); 30 compañías de teléfonos; varias fundidoras y acereras; muchos hoteles; bancos en Colombia, Argentina y México; empresas de televisión y productos químicos; varias cadenas de tiendas y otras muchas corporaciones cuyo valor es superior a mil billones de dólares.

Actualmente Pakistán y la India; México y Argentina; Israel y Berlín Oriental; Cambodia y Vietnam; Polonia, Checoslovaquia, Filipinas, Rumania o Brasil; en una palabra: casi todos los países del globo han estado rematando sus propiedades, con lo cual, por la insuficiencia de capitales disponibles, ha resultado que muchas de ellas se venden por abajo de su precio real.⁶

El negocio de comprar empresas públicas para revenderlas es tan bueno que un analista norteamericano, recordando el descubrimiento del oro en Alaska, dijo que Budapest era "el Klondike del este europeo".

En México, la venta de empresas paraestatales le ha dado a este trienio más de 49 billones de pesos, aproximadamente 17 mil millones de dólares, lo que le ha permitido la bonanza artificial que estamos gozando y de la que hablaremos más adelante.

Pero el mayor riesgo económico que ha ocurrido durante estas privatizaciones es que, para ser rentables, las empresas deben reducir el personal. Una venta oficial es una operación que aumenta el desempleo en los momentos en que ya es un problema grave. A veces, las empresas nacionalizadas logran conservar todo su personal si aceptan una reducción de salarios, de be-

⁶Time, ejemplar citado.

neficios o de turnos de trabajo. Pero como las naciones están haciendo tales ventas para dejar de intervenir en la economía, la mayoría de ellas no ha emprendido programas emergentes de empleo.

Libertad y desempleo

La privatización —el adelgazamiento del Estado— está realizándose más aprisa que la capacidad de las economías para absorber a los desempleados o la de los gobiernos para emprender obras públicas. Las empresas privatizadas necesitan hacer inversiones que provocan el desempleo, a la vez que los gobiernos necesitan inversiones para crear más empleos. A corto plazo, la perspectiva ante la retirada económica de los gobiernos es un aumento mundial del desempleo que puede durar hasta la noche de San Silvestre del año de 1999. Pero creo que lo peor es que, cuando los gobiernos quieren emprender programas de fomento, se encuentran con la prohibición del Fondo Monetario Internacional, muy enérgico con el tercer mundo, pero muy consecuente con la deuda interna norteamericana.

En fin, los pueblos parecen haber dejado atrás la dictadura cruel y el estatismo paternalista; es el retorno de la libertad, de las leyes del mercado, de la iniciativa privada, del individualismo que, contra lo que tantos esperaban, está padeciendo viejos problemas y viejos vicios.

El sociólogo conservador Robert Nisbet, viendo en todo esto una "penumbra de la autoridad", ha escrito que estamos siendo testigos de una "aparente incapacidad del orden público de sostener por más tiempo las vidas y las esperanzas de sus ciudadanos", implicando

que "hoy día estamos al comienzo de una retirada del Estado como no la hemos conocido durante unos cinco siglos".⁷

Por otra parte, después de muchos años los pueblos han logrado la libertad, pero no saben qué hacer con ella. Nunca pensaron que la libertad no es un fin, sino un medio; que la democracia no es una meta, es un camino. Llegamos a la libertad con las almas vacías, con una imagen de nosotros mismos como hombres satisfechos de sexo y estómago; del egoísta que sólo piensa en su triunfo personal, a pretexto del liderazgo o del hartazgo.

Se habla de una desideologización (iqué palabrota!) de las contiendas políticas porque la libertad no se obtuvo gracias a los ideales. En las democracias occidentales, la libertad llegó por el desequilibrio entre servicios públicos y cobro de altos impuestos. En las naciones soviéticas la clave fue el nivel de vida y de dispendio que ellas veían en occidente. Ahora que han descubierto que tras ese oropel existen la desigualdad y el desempleo, buscan desesperadamente un camino que —sin caer en el terror de un régimen sepultado— evite también la incertidumbre que representa el capitalismo liberal.

Lo político está en retirada en todas partes; algunos se atreven a decir que la hora de los partidos políticos ha pasado. Uno de los síntomas es el bajo índice de participación electoral; otra evidencia de abandono es el poderío creciente de agrupaciones económicas en defensa abierta de sus intereses; y, la otra, la creciente participación de la sociedad, del frente social, al lado o por encima de lo político.

⁷Citado por Kirkpatrick Sale, *Human Scale*, Howard McCann Geoghegan Editor, New York, 1980.

En la sociedad actual está volviendo a surgir el problema entre liberalismo y democracia; se está poniendo en primer plano la confrontación entre los ricos y los pobres. El dilema está en saber qué va a llenar el hueco del Estado: si lo económico —que lucha por intereses y no por ideales— o lo político, que, identificado con la democracia, tiene preocupaciones que van desde la desigualdad social hasta la ecología; desde el tendido de un puente comunal hasta la ayuda a los ancianos de la región; desde el derecho de asistencia de la agrupación francesa *Medicins du Monde* hasta la operación Santuario para dar cobijo y sustento a los ilegales mexicanos en Estados Unidos.

El cambio no ha sido captado ni siquiera por los políticos visionarios; tal vez por ello, mirando el panorama mundial, se pudo escribir el informe rendido al Club de Roma en 1991:

Las actividades de los partidos políticos están tan intensamente enfocadas en los plazos de elección o en rivalidades partidistas que acaban por debilitar la democracia que se supone están sirviendo. Este planteamiento de confrontación da la impresión de que las necesidades de los partidos están por encima de los intereses nacionales... Las tácticas y estrategias parecen más importantes de lo que son los objetivos y a menudo los ciudadanos son depreciados en cuanto se les conquista. Con esa forma de operación las democracias están viendo el papel declinante de los partidos y la opinión pública se está alejando de los representantes electos. Sin embargo, la crisis de la democracia contemporánea no debe servir de excusa para rechazar la democracia misma.⁸

⁸Alexander King y Bernard Schneider, *The First Global Revolution*, Pantheon Books, New York, 1991.

El fondo del FMI

En este México de la última década, después del adelgazamiento del gobierno, lo económico se está imponiendo sobre lo político y sobre lo social. Los empresarios, al igual que los de otros países, están actuando en la política como clan, como grupo de presión, para defender abiertamente sus tesis de empresa libre y leyes de un mercado sin entrañas. La política del país se ha puesto al servicio de la economía, cuando debiese ser lo contrario, y el ejemplo más cercano es el tratado de libre comercio con Estados Unidos y Canadá.

Al servicio del TLC en el campo mexicano se busca la rentabilidad de la tierra, aun a riesgo de provocar el peonaje; se hacen reformas legales que pueden ser buenas para la agricultura pero serán malas para el agricultor; la Bolsa de Valores tuvo un ingreso de 129 por ciento en 1991 (casi ocho tantos más que los intereses bancarios); el gobierno favorece la especulación en detrimento de los medianos ahorradores; la ganancia bursátil es quince veces mayor que el aumento promedio de ingresos del peón con el mínimo legal, etcétera.

En febrero de 1992 hubo un fallido golpe de Estado en Venezuela contra el gobierno de Carlos Andrés Pérez, acontecimiento que para algunos era acción tardía de una época ya superada y para algunos otros trueno anticipador de futuras tormentas sociales.

El golpe fue dirigido por oficiales de mandos medios y tomaron parte doce batallones de élite; el presidente pudo huir, según se dijo, por un túnel secreto. A primera vista el Movimiento Bolivariano de Salvación Nacional es el último latido de la época militarista latinoamericana. Sin embargo, no debemos olvidar que en 1989 el pueblo de Caracas saqueó las tiendas en pro-

testa por la supresión de subsidios a servicios públicos (como lo exige el FMI) y además el pueblo se mantuvo neutral en la asonada, salvo algunos francotiradores civiles que también dispararon al palacio presidencial.

En esa conjunción de un gobierno que se retira y un capitalismo que avanza, Venezuela era orgullo de la banca mundial por sus planes de despolitizar la economía mediante profundos programas de privatización y desregulación, y su ejemplo ha sido impuesto a Perú, Argentina o Brasil. Eso ha provocado que la clase media se reduzca de la mitad a la cuarta parte de la población (igual que en México); que un niño de cada cinco sufra hambre; que la mitad de la población viva en "pobreza crítica" (en México estamos igual); que el producto nacional se eleve un formidable 9 por ciento pero que no llegue a las clases populares.

Hugo Chávez, el teniente paracaidista líder del golpe, acuñó su frase: "Más vale una dictadura honesta que una democracia corrompida", pensando que todo era producto de la corrupción y no de las órdenes del FMI.

¿Hugo Chávez es un dinosaurio o un precursor? Los poderes democráticos elegidos que dirigen ahora la América Latina son quienes decidirán. También decidirán los Estados Unidos. Al dejar de sostener a las repúblicas bananeras y a los regímenes militares anticomunistas, Washington ha favorecido la eclosión de la democracia. Pero, salvo en México, las inversiones multinacionales yanquis no han llegado.⁹

La deuda externa venezolana cayó al día siguiente 4 puntos en Nueva York:

⁹Patrice Piquart, revista *L'Evenement du Jeudi*, 13-I-92.

Los operadores de la deuda dijeron que el levantamiento podría socavar seriamente la confianza de los inversionistas en el gobierno... Ésta es una mancha en la historia venezolana que será recordada por los inversionistas.¹⁰

Así que el presidente venezolano está en el dilema de satisfacer a los banqueros o satisfacer a su pueblo; situación que se está repitiendo, sin asonadas militares, en todo el continente.

Esa retirada de las medidas políticas ante el empuje de la economía está germinando problemas en casi toda América Latina; en Río de Janeiro hubo varios saqueos masivos de comercios, en Perú el gobierno se dio un autogolpe porque el Congreso se oponía a las medidas de reforma económica del FMI; aquí y allá los problemas se agigantan y los gobiernos se achican.

En ese paisaje, la Iniciativa de las Américas del presidente Bush es una presión para continuar con la penumbra de la autoridad. El tratado de libre comercio, primera ficha en el dominó de naciones latinas que caerán, servirá para el retiro de la autoridad tradicional hacia el estado gendarme, al Estado-corporación económica, al gobierno indiferente. Un cambio pendular en la política que puede ser germen de graves injusticias; un cambio peligroso que nos aconseja decir NO a su principal engrane, el tratado de libre comercio.

¹⁰Excelsior, 5-II-92.